

ANN MORGAN

VIDA ROBADA

Traducción de Ana Alcaina

Círculo de Lectores

PRÓLOGO

Fuera, en el jardín. Un sol que cae a plomo. Ellie camina arrastrando los pies, siempre rezagada. «Con cuidado las dos ahí fuera; no hagáis ninguna diablura.» Las hojas del manzano nos ensucian de sombras.

Lejos de la casa en penumbra, siempre con las cortinas echadas. Los cojines amontonados. Los murmullos y los suspiros que bullen hasta transformarse en gritos y llantos frente al cerco húmedo del culo de un vaso. La falta de educación. No he sido yo: siempre es Ellie. Nunca es culpa mía. Yo soy la buena porque nací la primera.

Al fondo del jardín, detrás de los zarzales. Un vistazo rápido hacia atrás por si hay ojos vigilantes, pero no hay nadie. Luego, el pestillo que se desliza hacia arriba, la verja que se abre y el cálido sol del camino, que se derrama encima de nosotras. Una risa tonta de Ellie. Una sacudida nerviosa, como si necesitara ir al baño.

—¡Chis, Ellie! —le digo—. ¿Es que quieres que nos oigan todos los vecinos? ¿Y sus mascotas también?

Ellie se pone muy seria. Dice la gente que cuando nací, el cordón se enrolló alrededor del cuello de Ellie y que por eso a veces no se porta tan bien como yo, pero yo sé que lo hace a propósito. No se me escapa la mirada que me lanza cuando la maestra la coge en brazos porque está cansada.

—¿Crees que deberíamos salir sin que mamá lo sepa? —pregunta.

–Cállate ya –contesto empujándola hacia delante–. Solo vamos a ver a Mary.

Mary es adonde vamos cuando es hora de dar a Ellie una lección. Mary es mayor, así que se le da mucho mejor idear triquiñuelas y perrerías varias. Como aquella vez que no vino nadie a buscarnos a la escuela y nos llevamos a Ellie al parque y la dejamos allí sola y nos fuimos corriendo a casa. Me reí tanto que no podía ni respirar de lo buena que era aquella lección y de cuánto me había gustado, mucho más que andar de puntillas por entre los muebles desaparecidos de nuestra casa.

Y aquella otra vez, cuando intentamos que Ellie se comiera un yogur que encontramos en una bolsa de plástico tirada junto a la parada de autobús. Hicimos las mil y una para convencerla, pero el mejunje se había puesto ya muy duro y estaba lleno de burbujas y olía fatal, así que Ellie no quiso ni tocarlo. A pesar de que la amenazamos con todo lo imaginable. A pesar de que le dijimos que era queso.

La casa de Mary está calle arriba. No es como nuestra casa porque esta solo tiene una planta, como si alguien la hubiese aplastado con un rodillo de amasar. Además, está llena de trastos desparrramados donde debería haber los parterres de flores y el césped, pero es como nuestra casa porque dentro solo vive un adulto, el padre de Mary, que hace cosas con martillos y llaves en el jardín y a veces también en el baño. Además, también está el hermano de Mary, que es como si estuviera siempre en medio.

Llamamos a la puerta y al cabo de un rato, una sombra llena el remolino del círculo de cristal, de modo que parece el ojo de un dragón abriéndose. La puerta se abre hacia dentro y el olor avinagrado sale hacia fuera. El hermano nos mira desde arriba, con la cara delgada y llena de bigotes, como la de un lobo.

–Hola. ¿Está Mary? –pregunto.

–Que nooo, joder –contesta el hermano con el tono plano y áspero que, según Mary, le viene de Manchester, donde vivían antes–. Que se ha largado de aquí, coño.

Un temblor se apodera de mi cuerpo, pero consigo dominarlo y miro a los ojos de lobo del hermano.

—¿Y adónde coño se ha largado? —pregunto.

El hermano sonrío complacido. Alterna los ojos entre Ellie y yo. En el interior la casa, detrás de él, reluce un destello.

—Conque gemelas, ¿eh? —dice—. ¿Cuántos años tenéis?

Alarga la mano y enrosca un dedo por detrás de mi oreja, acariciándome el pelo.

—Qué guapa eres, ¿no? —dice.

Sopla una ráfaga de viento.

—Vuelve a decir «coño» —dice.

De pronto, el día se abalanza precipitándose sobre mí, todos los colores cantando a la vez. Me vuelvo y tomo a Ellie de la mano.

—Tenemos que irnos —contesto, y tiro de ella camino abajo, mientras la boca de Ellie dice «pero, pero, pero» sin parar, de manera que suenan como burbujas que estallan por todas partes.

Quiero irme y alejarme de allí cuanto antes, despojarme de mi piel y vestirme con otro yo, pero la señora Dunkerley nos sale al paso desde el otro lado de la calle; vuelve de hacer la compra con ese olor a repollo que siempre la acompaña a todas partes.

—Hola, niñas —dice—. Helen y Eleanor, ¿verdad? Pero ¿quién es quién? Nunca sé distinguiros: sois como dos gotas de agua.

Soy un manojo de nervios, pero le contesto educadamente y le digo quién es quién. A pesar de que tengo que hacer lo mismo cada vez que la vemos. A pesar de que todo el mundo sabe quiénes somos. A pesar de que nadie llama a Ellie Eleanor.

—¡Qué maravilla! —exclama la señora Dunkerley, como hace siempre—. Oíd, niñas, ¿por qué no os venís a casa a tomar un té con galletas?

Ya sé cómo son las galletas de la señora Dunkerley. Las guarda en una caja oxidada en lo alto de la nevera y algunas de las Garibaldi tienen una capa de pelusilla por encima.

–No, muchas gracias, señora Dunkerley –digo con mi mejor tono de voz–. Tenemos muchas cosas que hacer.

–¿Ah, sí? ¿Tenéis muchas cosas que hacer? –pregunta la señora Dunkerley–. ¡Santo cielo...! Pero ¿estáis seguras de que no tenéis tiempo para una tacita rápida de té?

–Me temo que no, señora Dunkerley –digo–. Tenemos que ayudar a nuestra madre.

–Ah, bueno, en ese caso... –replica la señora Dunkerley alzando la voz mientras cojo a Ellie de la mano y la llevo a rastras hacia la verja de la entrada–. Pero volveréis pronto, ¿verdad? ¡Y traed a vuestras amiguitas!

La verja se cierra de un portazo a nuestras espaldas. Nos quedamos bajo la sombra de los zarzales.

–¿Qué quiere mamá que hagamos? –pregunta Ellie.

–Diosss –digo, cortando en seco la ese para que suene como si acabase de golpear el bombo en la sala de música de la escuela–. Ellie, ¿se puede saber qué te pasa hoy? Estás más atontada que nunca. Mamá no quiere que hagamos nada: solo lo he dicho para no tener que ir a tomar el té a casa de la señora Dunkerley.

–Ah –dice Ellie, y sus ojos se aquietan.

Sé en qué piensa. En el periquito de la señora Dunkerley, *Bill*. Le gusta mirar a *Bill* mientras se mueve y tuerce el cuello en su jaula. Arrima la cara a los barrotes y pone esa expresión entre bobalicona y sentimental, como si *Bill* fuese su único amigo y algún día fuesen a escaparse juntos. Esa expresión hace que me entren ganas de darle una buena lección, una muy dura.

Ellie restriega el zapato en la tierra. Me mira.

–¿Por qué quería que dijese «coño»? –pregunta.

Siento una especie de hormigueo. Me planto delante de Ellie y la miro, vestida con sus shorts y la camiseta roja con el lamparón de comida de cuando no acertó con la cuchara en la boca. Luego entrecierro los ojos hasta que lo único que veo es su sombra oscura, con las coletas deshilachadas cayéndole a cada lado de la cara

y el sol brillando por detrás. Y en mi cabeza –como el salto en el disco favorito de mamá cuando Ellie lo rayó el año pasado– resuena la voz de la señora Dunkerley diciendo «como dos gotas de agua, como dos gotas de agua», una y otra vez.

–Vamos, Ellie –digo–. Vamos a jugar a un juego.

I

Jirones de ruido. La guirnalda brillante de una risa infantil; la musiquilla de la furgoneta de los helados, alegre y chispeante como una bengala en la oscuridad; la cháchara entusiasmada de un juego que terminó hace rato. El canto de los pájaros remontándose en el aire para luego endurecerse y caer en picado al suelo de tierra, convertido en algo sólido y metálico, medido en porciones mecánicas, un trino áspero. Otra vez. Una pausa. Otra vez.

Smudge abrió los ojos y los amusgó de nuevo. Un rayo de luz se abría paso a través del *sarong* de colores vivos, clavado con tachuelas a la ventana, e iluminaba las moscas muertas, las bolsas de plástico y la botella de vodka tirada en el suelo. Era por la mañana, ¿verdad? No, era mediodía. Siempre era mediodía cuando el sol entraba en ese ángulo. La mañana había pasado volando.

Encima de la mesa había desperdigados bolígrafos, cerillas y tampones. Un cigarrillo a medias yacía semienterrado en la superficie de plástico, arrugándola como una cicatriz. Un cepillo de dientes descansaba junto a una bandeja para cubitos de hielo con coágulos de pintura púrpura y magenta en los huecos, como sangre reseca.

Desde el sillón donde estaba sentada, levantó la vista hacia el lienzo apoyado en la estantería de encima de la estufa rota. Llamarlo lienzo era un tanto exagerado: en realidad, era un trozo de periódico clavado al asiento de una silla. Aun así, había bastado la noche anterior —o la noche antes de esa, o sea cual fuese la noche que hubiese sido— para levantarla de la cama y ponerla en un estado de

máxima excitación, para que recorriera frenéticamente el apartamento en busca de cualquier cosa que pudiese ayudarla a crear la avalancha de colores y formas que afloraban en su cerebro. Deseó poder recapturarla en ese momento, la inspiración que la había arrollado como una ola para acabar estrellándola contra el muro del mar de su conciencia y desaparecer escurriéndose al final, arrasrándola consigo a la deriva en un océano gris, dejando tras de sí tan solo los restos del naufragio. El lienzo era testigo de lo sucedido: la vívida trifulca de colores en la esquina superior derecha, que daba paso a una tenue aguada y luego, por último, nada. Un titular sobre un jubilado víctima de un atraco en el callejón al cabo de la calle.

La idea absorbente había desaparecido, así como las voces que solían agolparse en su cerebro para llenar todos sus resquicios –murmurando y gruñendo–, que habían enmudecido de momento. Bien. Eso era algo. Al menos, eso ya era algo.

Se frotó los ojos y volvió a oír el timbre. El teléfono, pensó con desgana. ¿No habían cortado la línea todavía? Debía de haber más de veinte cartas de notificación en la pila del correo de la entrada.

Escuchó el timbre sin inmutarse. No tenía sentido responder; solo sería uno de esos mensajes pregrabados. O eso o los voluntarios del Teléfono de la Esperanza, que llamaban para interesarse por su estado, sin pensar que al día siguiente ella llamaría a otro de sus compañeros para contarle otra desgraciada historia.

O tal vez el timbre sonaba solo en su imaginación. No le extrañaría que a su maltrecho cerebro se le hubiese ocurrido un nuevo numerito como ese.

Escudriñó con la mirada el calendario de hojas arrancadas de la pared. Porque a ver, ¿qué día era, para empezar? Era difícil llevar la cuenta. Sin apenas notarlo, el jueves se había plantado por las bravas en el lugar donde se suponía que debía estar el martes y el cañón del viernes la estaba apuntando entre ceja y ceja. Y mientras tanto, un cabrón como el lunes seguía dale que te pego con su matraca semanas y semanas. El calendario no decía ni pío. En cualquier caso, no era el día en que recibiría el cheque del subsidio de

desempleo en el buzón. Eso nunca. Inspiró larga y profundamente y notó un rugido en las tripas.

No estaría mal echarse algo de comer en el estómago. Se aupó para levantarse y el suelo se abrió bajo sus pies como una trampilla de los parques de atracciones. Unos fuegos artificiales estallaron en los márgenes de su campo visual y se agarró con fuerza al sillón. («¡Indiscutible!», soltó una voz en su cerebro.) Tranquila.

Salió al pasillo, recorrió con las uñas rotas los jirones de papel pintado de las paredes y la puerta de la cocina la recibió eructando olor a la leche caducada. En el interior vio las bolsas de plástico hinchadas, atadas por la parte superior, desperdigadas por el suelo y las superficies como si fueran gallinas de granja. El cubo de la basura estaba lleno a rebosar, el fregadero repleto de platos sucios.

Smudge abrió la puerta de la nevera y el teléfono empezó a sonar de nuevo, y el sobresalto le hizo perder el equilibrio. Extendió una mano para no caerse y se le quedó atrapada en un cable, de modo que arrancó algo de la pared y lo arrastró consigo al desplomarse sobre las bolsas de basura. El techo se cernía sobre ella, un enorme peso sostenido a duras penas en el aire, a punto de caerle sobre la cabeza.

Entonces oyó otra voz, esta vez procedente de algún lugar ajeno a su cuerpo.

—¿Ellie? —la llamó la voz en un tono severo, metálico—. ¿Ellie?

Miró alrededor. Aparte del goteo del grifo de la cocina, la habitación estaba en silencio. Se tapó los ojos con la mano, percibiendo el tacto áspero de la piel agrietada en su cara, y negó con la cabeza, tratando de ahuyentar la alucinación.

—¿Ellie? —repite la voz.

Se volvió y miró por la rendija de sus dedos. El ruido procedía del auricular del teléfono, que colgaba del cordón a su lado. Lo cogió con cuidado y se lo acercó a la oreja.

—Ellie —dijo el teléfono—, soy tu madre. —A continuación, añadió—: Oye, no tengo tiempo para jueguecitos. Sé que este es tu número. Me lo dio Nick.

Silencio. Encima de ella, con la puerta aún abierta, la nevera empezó a emitir pitidos.

–Muy bien, si eso es lo que quieres... –continuó hablando el teléfono–. Te llamo por Helen. –Un suspiro–. Verás, ha habido un accidente y parece ser que está en coma. Ya está, ya te lo he dicho. Los demás pensaban que era mi obligación decírtelo. Si por mí fuese, seguramente no me habría mol... Pero ahí lo tienes. Al menos así no te enterarás por las noticias.

Unas siluetas oscuras empezaron a moverse por la cocina, desplegándose como flores monstruosas, venenosas. Las voces se reían con una risa burlona, preparándose para arremeter contra ella. Se sentía débil e impotente frente a ellas.

–Como comprenderás, estamos todos muy afectados –dijo el teléfono–. Horace está destrozado. Richard ha pedido un permiso por enfermedad grave de un familiar.

Las formas se desplazaban hacia ella, fluctuando como nubes de humo, enroscándose alrededor de las placas de poliestireno del techo, mientras un hormiguelo le recorría los brazos en sentido ascendente. Intentó moverse, pero la sensación la atenazaba con fuerza, el movimiento envolvente de sus tentáculos avanzando centímetro a centímetro hacia su cuello. El pánico palpitaba al ritmo de los pitidos del frigorífico.

–Todos estamos pasando el tiempo que nos es posible en el hospital –prosiguió el teléfono–. Y, naturalmente, la prensa está muy pendiente de su evolución.

Hubo otra pausa y luego la voz añadió airadamente:

–¿Es que no tienes nada que decir?

La oscuridad casi se había abalanzado sobre ella y estaba a punto de asfixiarla, de sofocarla. Unas estrellas destellaron en los límites de su campo visual. Tragó saliva, respiró hondo y cogió el teléfono pestañeando.

(«Esto es de risa –protestó una voz en su cerebro–. Una conducta reprochable.»)

Smudge cerró los ojos y tomó aire.

–Me parece que se ha equivocado de número –dijo depositando las palabras, una a una, como monedas en el mostrador de una licorería.

Luego el auricular cayó al suelo mientras los bramidos se precipitaban sobre ella. Smudge se desplomó de nuevo entre las bolsas. Un envase de tetrabrik empezó a gotearle en el hombro, pero ella no notaba nada. Solo percibía el griterío en su cabeza y, un poco más lejos, la luz del frigorífico, bañándole las pestañas como si fuera la luz del sol, sus pitidos imitando con insistencia los de una camioneta al dar marcha atrás en la calle de un barrio periférico una tarde de verano.

La luz del sol se derrama entre las hojas y el aire huele a hierba recién cortada. Se oye el zumbido de un cortador de césped y un pitido que viene de la calle de delante de la casa. Volvemos a nuestro callejón con la ropa cambiada: nos hemos intercambiado los zapatos, los calcetines, los coletes, todo. Yo me he hecho las coletas de Ellie y a ella le he recogido el pelo en una trenza, la misma que mamá me hace siempre para no tener que pensar quién es quién si nos cubre la niebla de un día triste. Solo nos hemos dejado las mismas bragas porque, ¿quién va a ponerse a mirar qué bragas llevamos? Me toco los shorts de color naranja de Ellie, ásperos y arrugados entre las piernas y, cuando bajo la vista, veo la mancha de comida en la camiseta roja. Se me escapa la risa y tratar de contenerla e impedir que el mundo se tambalee con ella me supone un esfuerzo casi sobrehumano.

Hago a Ellie ir delante porque se supone que ahora ella es la líder, pero no deja de pararse y mirar atrás con esa cara de «pobre de mí» que pone cuando aprende una dura lección o cuando intenta dar lástima a las señoras del comedor de la escuela.

–Vamos, Ellie –digo–. ¡Tienes que ser la líder!

Pero Ellie se queda ahí plantada con los dedos metidos en la nariz.

–¿Y cómo voy a ser eso? –dice, y a mí me hace gracia que, a pesar de que lleva mis shorts y mi camiseta verde con el estampado de los pájaros, sigue conservando toda su Ellienidad.

Se le nota en la expresión perdida de los ojos y en el movimiento nervioso de la pierna.

–¡Dioss, Ellie! –exclamo–. Solo tienes que hacer las mismas cosas que hago yo. ¡Tienes que ser yo!

Bajo la vista y veo las sandalias blancas de Ellie y los calcetines con agujeros como copos de nieve en mis pies, en el asfalto polvoriento del callejón de atrás, y se me escapa la risa otra vez. Me pongo a andar con ese paso desganado tan propio de Ellie cuando está cansada, al final del día.

Ellie me imita.

–¡Que no, Ellie! –digo–. Ahora no. Ahora camina con normalidad. A ver, por ejemplo, ¿cómo ando yo cuando estoy en el parque con Jessica?

Ellie se queda pensativa un momento.

–Haces así –dice, y camina en línea recta, con paso militar, con los brazos a los lados como un soldado.

–Muy bien –digo. No estoy segura de que sea exactamente así, pero al menos Ellie lo está intentando y hay que dar gracias por las pequeñas cosas–. ¿Y cómo hablo? ¿Qué cosas digo?

–Dices: «¡Dioss, Ellie! ¿Se puede saber qué narices te pasa hoy?» –contesta Ellie.

Me mira y yo la miro a ella y, de pronto, nos echamos a reír las dos porque es gracioso oír las cosas que digo yo saliendo de su boca.

–Ellie, ¡ya estoy harta de ti! –dice, y nos reímos más aún.

Entonces Ellie me mira y levanta un dedo amenazador.

–Vas a tener que aprender una lección muy dura –dice.

Y esta vez nos reímos a carcajada limpia, sujetándonos la barriga y doblándonos sobre el estómago como si fuéramos a vomitar de un momento a otro.

Se lleva la mano al cuello de mi camiseta verde y tira de él, con cara satisfecha. Es una de mis favoritas, lo último que queda de hace millones de años, cuando papá nos compró algo de cada color en una tienda de la zona comercial, el día en que los tres volvimos dando saltos todo el camino desde la parada del autobús, riéndonos a carcajadas y casi sin poder parar, hasta que llegamos a

casa y mamá vio todas las bolsas de plástico. Me da miedo que Ellie me deforme el cuello de la camiseta y haga que me cuelgue como una boca abierta, así que me acerco a ella y le aparto la mano.

–Buen trabajo, Ellie –digo con voz sosegada y amable, como la señora Appleby en la escuela cuando explica cosas de números–. Ahora lo único que tienes que hacer es ser así y el resto ya saldrá solo.

Seguimos andando y charlando por el callejón, arriba y abajo, pero es que es muy aburrido ser Ellie sin que haya nadie para verlo. Empiezo a pensar que el juego está perdiendo toda la gracia cuando –¡sorpresa!– veo que Chloe se dirige hacia la casa y pasa junto al buzón delantero con una enorme caja en las manos. Chloe tiene un pequeño despacho en la entrada de la escuela y siempre asiente, sonrío y anota todo lo que decimos.

–Hola, Ellie, bonita –me dice, y siento una oleada de alegría al comprobar que el truco de las coletas ha dado resultado.

–Hola, Chloe –contesto, y cambio el peso del cuerpo de un pie a otro y restriego el zapato por la tierra del suelo como hace Ellie.

Veo a Ellie en el buzón llevándose una mano a la boca, como si estuviera a punto de escapársele la risa, pero no le hago caso y miro a Chloe, decidida a seguir con el juego.

–¿Estás disfrutando de las vacaciones de verano? –pregunta Chloe apartando una mano de la caja para retirarse el pelo de la cara.

Hoy Chloe lleva las uñas de color rosa chillón y un anillo enorme en forma de mariposa.

Asiento e intento pensar qué diría Ellie a continuación, pero hoy Chloe no espera a ver qué digo, como haría si estuviera en su despacho, sino que parece como si se encargara también de mi parte de la conversación.

–He venido a ver a mi madre –me explica señalando la casa con la cabeza–. Últimamente ha estado indispuesta, así que vengo a traerle una tarta.

–Ah –exclamo, y me llevo los dedos a la nariz, tal como haría Ellie.

Se me escapa una risita, pero la reprimo y me quedo mirando con tristeza las grietas en el asfalto.

–¿Y tú, Helen? –dice Chloe mirando a Ellie–. ¿Estás disfrutando del verano? Seguro que estás cuidando muy bien de tu hermana, ¿a que sí?

Me preparo para ver a Ellie hacer el tonto y echarse a reír o, todo lo contrario, ponerse muy seria y quedarse callada, pero en vez de eso me mira y traga saliva con dificultad. Un destello travieso se desplaza de sus ojos a los míos y dice:

–Sí, muchas gracias. Ha hecho un tiempo verdaderamente espléndido.

Lo dice con una voz aflautada y graciosa, como de señora mayor, y estoy segura de que Chloe va a saber que es ella. Pero Chloe no se da cuenta de nada.

Se pasa la caja de una mano a la otra y bosteza.

–Estupendo. Eso es maravilloso –dice. Luego dirige la mirada hacia la casa–. Bueno, será mejor que entre o mi madre empezará a preguntarse dónde me he metido. Que os vaya bien este verano y cuidaos, ¿de acuerdo? Nos vemos el año que viene.

Y dicho eso, se planta en la puerta principal, introduce la llave en la cerradura y desaparece.

Ellie y yo nos miramos mientras el callejón vuelve a sumirse en el silencio. A continuación, estallan las risas y, de pronto, es como si la barriga fuese una cama elástica, donde las carcajadas nos rebotan hasta la garganta una y otra vez. Me acerco con paso tambaleante hacia Ellie y le rodeo los hombros con los brazos, jadeando por el esfuerzo de las risotadas.

–Se lo ha tragado completamente –digo.

–Ha creído que eres tú la que necesita que la cuiden –se ríe Ellie–. Se ha creído que yo soy la que manda de las dos.

–No se ha olido pero nada de nada –aseguro.

–Se ha creído que yo soy la que manda de las dos –repite Ellie.

Pienso que no hace falta que lo diga dos veces, pero me río de todos modos porque ha sido muy gracioso cómo ha ido el juego y la verdad es que estoy muy contenta.

–Lo has hecho muy bien, Ellie, lo has hecho muy bien –digo acariciando el mechón de pelo ralo que se le escapa serpenteando de la trenza, que no es suya sino mía–. Si te portaras así de bien todo el tiempo, no me haría falta regañarte ni amenazarte tanto ni tantas veces. Podríamos pasarlo siempre tan bien como lo pasábamos antes.

Porque, pensándolo bien, engañar a Chloe ha sido la cosa más divertida que hemos hecho en mucho tiempo. Más todavía que el día que unos actores vinieron a la escuela e interpretaron una obra en que se perdía un perro, y resultó que estaba escondido dentro de un armario y salía de él para decir «¡hola!» con una voz muy graciosa cuando no lo veían. Más todavía que dar lecciones en compañía de Mary. La verdad es que este juego de hoy ha sido lo más divertido que nos ha pasado desde los tiempos de antes de la Desafortunada Decisión, cuando hacíamos cosas como subirnos a la plataforma giratoria de los columpios hasta que cerraban el parque, y cuando lanzábamos pintura al aire solo para ver cómo lo salpicaba todo alrededor, y a veces incluso mamá se reía.

Al pensar en mamá, otra idea levanta la mano para atraer la atención. Porque ¿y si esta es la clase de diversión capaz de hacerla salir de golpe de su ensimismamiento y conseguir que en la casa de nuevo brille el sol? ¿Y si consiguiésemos sorprenderla y que se deshiciera en sonrisas ante nuestro ingenio? En cuanto pienso en ello, descubro qué vamos a hacer.

–Vamos –digo tomando a Ellie de la mano y arrastrándola a la puerta de nuestro jardín–. Vamos a gastarle la misma broma a mamá.

–¿Qué? –dice Ellie–. ¿Vamos a decirle que hemos engañado a Chloe?

–Nooo –contesto, y se me escapa una respuesta impaciente y tengo miedo de que vuelva a las andadas con sus tonterías de siem-

pre-. Vamos a jugar a cambiarnos la una por la otra y entonces, cuando mamá crea que sabe quién es quién, la pillaremos desprevenida, le gritaremos «¡Sorpresa!» y le diremos que todo ha sido un juego.

Ellie se mete los dedos en la nariz.

–¿Y crees que eso le va a gustar a mamá?

–¡Sí! –exclamo empujándola hasta el jardín y cerrando la puerta con estruendo-. Le va a parecer la broma más divertida del mundo.

Y ahora que me oigo diciéndolo, sé que es verdad. Imagino a mamá riendo y abrazándonos a las dos. Veo terminarse para siempre los días en que la puerta del dormitorio está cerrada y los menudugos de pan con margarina para cenar.

Ellie inclina la cabeza a un lado.

–¿Será mejor que aquellas Navidades cuando todos jugamos a ser astronautas?

Me quedo pensando en ello unos instantes.

–Va a estar al menos igual de bien –digo-. Pero tenemos que hacer el juego como es debido o no funcionará. Que no se te olvide: no te equivoques y vayas a ser tú porque si no, será peor que inútil.

Levanto un dedo para indicarle que no es ninguna broma. Ellie me mira con gesto solemne y asiente.

Caminamos por el jardín, andando por el tupido césped, Ellie concentrada en ser yo y yo siguiéndola. Cuando llega a la linde del patio, se detiene y mira hacia las puertas abiertas de cristal que dan al comedor.

–Vamos, H-Elle-n –digo en un tono de voz estricto para que Ellie sepa que no puede echarse atrás en el juego-. Entremos ya.

Damos un paso para entrar en el patio. Del interior de la casa sale un ruido de golpes y pasos pesados, como si dentro alguien estuviese en pleno zafarrancho de limpieza. Pienso en la cara de mamá cuando nos vea, en que no tiene ni idea de lo que se le viene encima y, de pronto, la mezcla de entusiasmo y nerviosismo hace

que una risa efervescente me suba burbujeando por la garganta y que me entren unas ganas irresistibles de ir al baño, lo que me obliga a juntar las piernas con fuerza.

Ellie mira atrás, me ve y empieza a sonreír ella también, así que frunzo el entrecejo para que sepa que no es cosa de risa.

Subimos los escalones que conducen al interior de casa. En el comedor, enfrente de nosotras, hay un baúl inmenso que no estaba allí antes. Parece ridículo, allí plantado como un sapo detrás de las delgadas patas de la silla y la mesa, y sé que, si lo abriera, dentro encontraría muchas preguntas. Pero ahora mismo no hay tiempo para eso porque Ellie y yo tenemos que jugar a ese juego.

Oigo a alguien toser fuera, en el recibidor, y las ganas de ir al baño se hacen más insoportables todavía. Empujo a Ellie hacia delante, hacia el umbral de la puerta.

–Asómate –le digo.

Así que Ellie asoma la cabeza por encima de la delgada línea dorada que señala la transición entre la moqueta de remolinos de color pardo del comedor y la de colores pastel del recibidor. Se vuelve y me mira.

–Hay un hombre –anuncia.

–¿Qué clase de hombre? –pregunto.

Ellie vuelve a mirar.

–Un hombre grandote –contesta–, con gafas, como si fuera un profesor. –Luego se mete de golpe en la habitación–. ¡Que viene!

Oímos unos pasos y el sonido atronador de una voz.

–¡Eh, hola! –saluda la voz–. Oye, ¿esa es Nellie o Ellen?

Una sombra se apodera de la puerta y el hombre asoma la cabeza. Es una cabezota grande y rosada, que sale bamboleando del cuello de la camisa como si fuera de plastilina y alguien hubiese tenido que empujarla a presión para meterla ahí dentro.

–Vaya, vaya... Hola, niñas –saluda el hombre con una voz como la de Santa Claus–. ¿Quién de las dos es Nellie y quién es Ellen?

Y por la forma en que lo dice, me dan ganas de reír, porque Nellie y Ellen son los nombres típicos de un libro de cuentos en el

que todos los personajes están a punto de irse de pícnic y tomar cerveza de jengibre, y nosotras no nos llamamos así, qué va. Estoy a punto de decirle quién es quién cuando de repente noto algo extraño en su cara, así que cierro la boca y me quedo mirando su nariz chata y esos ojillos como uvas pasas detrás de las gafas, e intento hacer que mi cerebro piense.

Una especie de chacoloteo atraviesa el suelo de la cocina y aparece mamá, que nos mira a las dos. Solo que aquella no es nuestra mamá normal.

Aquella es mamá multiplicada por diez más tres. Lleva el pelo esponjoso, lleno de rizos, y su boca es pequeña y roja como un capullo de rosa. No hay ni rastro de la bata de franela y en su lugar se ha vestido con una chaqueta blanca, como si fuera la recepcionista de un médico.

–Vamos, niñas –dice–. Salid a saludar.

Así que salimos al recibidor, que es el lugar apropiado para saludar y despedirse. Mamá pasa por nuestro lado y se coloca junto al hombre, apoyándole la mano en el brazo. Deja tras de sí un aroma punzante, como a limón.

–Os presento al señor Greene –dice con una sonrisa sin dejar de mirar el costado de la enorme cabeza rosada del hombre.

Observo con atención, pero no veo rastro de los «¿Se puede saber qué demonios pasa ahora?», ni de los quejumbrosos «¿Por qué yo?». Es como si alguien hubiese metido a empujones todos los días grises y tristes en el armario del hueco de la escalera y hubiese cerrado la puerta con llave.

–Horace –dice el hombre.

–Señor Greene –repite mamá con voz firme apretándole ligeramente el brazo al señor Greene.

Y aquella es la primera mentira, porque ahora la luz de la ventana de la cocina le da en la cara y sé quién es: es Akela, el de los Boy Scouts, ese que juega partidos de *quick-cricket* en el parque. Hoy no lleva pañuelo ni insignia, pero es él, no hay duda: es Akela haciéndose pasar por el señor Greene.

–Esta es Helen y esta Ellie –dice mamá mirando la trenza en lo alto de la cabeza de Ellie y confundiéndonos la una con la otra tal como preveía nuestro plan.

Solo que ahora no estoy contenta porque, por el rabillo del ojo, al otro lado de la puerta del salón, veo un montón de cosas nuevas que dicen: «miradnos y prestadnos atención», así que no hay tiempo de alegrarse por el éxito del plan. Hay cajas de cartón y trastos envueltos en plástico, y junto a la chimenea eléctrica hay un sillón voluminoso y reluciente con unos cojines tan abultados como la cabeza de Akela. La sala que llevaba vacía y desangelada desde que papá tomó su Desafortunada Decisión está ahora abarrotada de cosas, y no hay espacio ni para respirar.

–El señor Greene se va a venir a vivir con nosotras –anuncia mamá con una voz extraña y despreocupada, sonriendo y estirando el cuello hacia atrás para que sus ojos puedan ver toda la cabeza de Akela de una sola vez–. ¿A que va a ser muy divertido?

A mi lado, Ellie empieza a sacudir la pierna.

–Pero... –dice–. Pero ¿es que el señor Greene no tiene su propia casa?

Akela y mamá se miran y se ríen los dos.

–Es que la vuestra me gusta mucho más –dice Akela rodeando la cintura de mamá con una mano y pellizcándola con sus dedos de salchicha.

El pis que me estoy aguantando vuelve a hacer de las suyas y aprieto las piernas con fuerza.

–¿Por qué? –pregunta Ellie.

Pero a mí se me está ocurriendo otra pregunta, porque estoy pensando en nuestra habitación y en la habitación de mamá y en el trastero de delante lleno de cachivaches y de las cosas de la época de antes y, lo mire por donde lo mire, no veo ningún sitio para Akela. De pronto me entra la congoja de que se tenga que venir a dormir a nuestra habitación, en el suelo, entre mi cama y la de Ellie.

–Pero ¿dónde va a dormir Ak... el señor Greene? –pregunto.

Mamá frunce los labios al oír aquello.

–Eso no es asunto tuyo –dice. Y a continuación, con un destello de frustración, añade–: De verdad, Ellie, ¿por qué tienes que ser siempre tan vulgar?

Me quedo mirándola perpleja un instante, hasta que me acuerdo de que llevo la ropa y las coletas de Ellie y de que ella va vestida como yo. Los miro mientras mi cerebro deshace el embrollo y veo a mamá murmurarle algo a Akela y hacer la mueca que hace siempre cuando Ellie mete la pata y la pone en evidencia. Se me hace raro pensar que he sido yo la causante de aquella escena: yo, Helen, la que siempre se porta bien.

Akela está toqueteando a mamá, dándole palmaditas y acariciándole la cara y los brazos de una manera que molestaría a cualquiera, pero que a ella, por lo visto, le hace sonreír. Luego se vuelve y nos mira. Doy un respingo cuando el pis que me estoy aguantando me da una sacudida, intentando salir.

–Ah, por poco se me olvida –dice con su voz de Santa Claus y hurga en el bolsillo del pantalón–. Para vosotras –dice y nos da dos chocolatinas, una Marathon para Ellie y una Wispa para mí.

–Gracias –dice Ellie, y sin esperar a comprobar si tiene permiso, desgarrá el envoltorio y empieza a zampársela.

Espero que de un momento a otro se arme una buena, porque no puede faltar mucho para la hora de la cena, pero en vez de eso, cuando levanto la vista, mamá me está mirando a mí.

–¿Qué pasa, Ellie? –dice–. ¿Es que no vas a dar las gracias al señor Greene por traerte un regalo?

–Sí –digo–. Gracias.

Y a pesar de que la chocolatina está caliente y blanda por haber estado en el bolsillo de Akela, a pesar de que el pis que estoy aguantándome ha empezado a hacer fuerza y a producirme escorzo y tengo que cruzar las piernas para que no se salga, abro la chocolatina, con cuidado de que no se me caiga el trozo suelto de envoltorio en la moqueta, y empiezo a comérmela. El chocolate se me queda pegado a las paredes de la boca.

De pronto se abre la puerta de la calle y aparece un monstruo.

–¿Dónde quieren esto? –gruñe, y entonces veo que no es un monstruo sino un hombre con piezas metálicas en la cara y unos dibujos azules en los brazos.

–Déjelo en el segundo dormitorio de momento –dice mamá con un movimiento de la mano, y el hombre empieza a subir las escaleras, rozando las paredes al subir.

–Pues muy bien –dice Akela frotándose las manos con gesto complacido–. Niñas, ¿qué os parece si esta noche dejamos descansar a vuestra madre y pedimos comida china para celebrarlo?

–¡Yupi! –grita Ellie dando saltos–. ¡Pollo agridulce!

La comida china también es mi favorita, pero yo no me pongo a dar saltos. Me quedo donde estoy, agarrada al marco de la puerta, porque cuando el hombre pasa por mi lado para subir las escaleras, mi cuerpo da una sacudida y el pis que lleva rato pugnando por salir se escapa en forma de un poderoso chorro caliente, resbalándome por las pantorrillas, y empapa los calcetines de Ellie y deja un oscuro cerco en los estúpidos shorts de color naranja.

Todos me miran e intento escabullirme encogiéndome contra la pared, tratando de ocultar la mancha.

–Oh, Ellie... –exclama mamá con una vocecilla de decepción–. Creía que ya habíamos superado la fase de los accidentes.

–¡Demasiada limonada para almorzar! –salta Ellie. Y eso que nadie le ha pedido su opinión.

–Horace, lo siento mucho –dice mamá–. Como te he dicho, ha habido... –En ese momento estira mucho los labios como si la palabra necesitara una boca más grande que la suya para pronunciarla–: PRO-BLE-MAS.

Me quedo inmóvil, notando como el calor se enfría en la mitad inferior de mi cuerpo y el frío se calienta en mi cara.

Mamá lanza un suspiro mientras el hombre-monstruo baja pesadamente las escaleras y sale otra vez por la puerta. Deja caer los hombros y de pronto me entra el miedo de que, después de todo, sí haya un día triste agazapado, al acecho. Luego se yergue y sacude la cabeza.

–Helen –le dice a Ellie con su voz alegre y cantarina otra vez–. ¿Acompañas por favor a tu hermana arriba, al baño, para que se cambie y podamos pasar una buena noche los cuatro juntos?

Ellie me coge de la mano, me lleva por las escaleras y me empuja al cuarto de baño. Me quito los shorts y las braguitas mojados e intento lavar y eliminar el pis como puedo. Cuando acabo, Ellie vuelve con un montoncito de ropa suya: una camiseta azul con un desgarrón en el cuello, donde ha tirado demasiado, unos shorts a rayas naranjas, calcetines y un par de braguitas de Campanilla.

–Dame unas bragas de las mías –le digo–. Nadie se va a fijar en eso.

Ellie me mira fijamente.

–Vamos, Ellie –insisto–. Que nadie nos va a obligar a que le enseñemos las bragas.

Pero Ellie se queda allí plantada. Veo en sus ojos el reflejo de la ventana de cristal rugoso del baño, donde el sol empieza a hundirse para encarar el final de la jornada.

–Ahora que lo pienso, me parece que es hora de dejarlo ya –digo–. Ha sido una broma genial, pero es distinto ahora que el señor Greene está aquí. Volvamos a hacer todo como antes, a lo normal.

Ellie se lleva un dedo a los labios.

–¡Chis, Ellie! –exclama–. Va a venir mamá y se pondrá muy triste si ve que no te portas bien.

–Ellie –digo–, no jugamos al juego cuando estamos solas. Dame mis bragas.

Alargo el brazo para darle el pellizco con el que siempre hace lo que le digo, pero se aparta y sale al descansillo. Oigo los pasos del hombre, que vuelve a subir las escaleras, y siento una punzada de miedo en el estómago. No quiero que me vea sin ropa, no quiero que me mire con esa cara de monstruo.

–Está bien –digo apresuradamente–. Dame eso. Pero será solo por hoy, ¿me oyes, Ellie? Después, todo volverá a ser como antes.

Y cojo la ropa y empiezo a vestirme.

No había nada debajo del colchón desnudo del dormitorio. Nada en el recibidor, aparte del ramillete de cartas acumuladas junto a la puerta principal. El paquete de tabaco en la mesa del salón, vacío. Mierda.

Al ver el sillón, eso la hizo detenerse un momento. El débil recuerdo de un gorjeo metálico, la luz del sol y una risa infantil le tiró de la manga de su memoria. ¿No había habido algo? ¿No había pasado algo? Algo relacionado con antes. Algo importante. Entonces irrumpió la ansiedad y montó allí su festival, con los amplificadores a todo volumen, y ahuyentó el recuerdo.

Necesitaba un cigarrillo. Rebuscó entre la porquería de la mesa, con unas uñas que eran medias lunas de mugre. Llaves, pañuelos de papel, papel de liar. Ah, ahí estaba, la bolsita... vacía, salvo por unas cuantas hebras en el fondo. No era suficiente. Tendría que ir al estanco.

Fue directa a la repisa de la chimenea y el cuadro fue a parar al suelo. Algo duro cayó con él y se hizo añicos en el suelo de linóleo. Miró abajo y vio los fragmentos de la taza con el molino de viento de Ámsterdam. Lo último que conservaba de aquel entonces. Una oleada de dolor quiso abatirse sobre ella, pero se la sacudió de encima. Hacía mucho tiempo de todo aquello. La taza no mantenía viva la llama de nada. A la mierda.

Allí estaba. Recogió el dinero del estante: un billete de diez y algo de calderilla, once libras con trece en total. La irritación le alteró los nervios. Tendría que haber habido más que eso. ¿Por qué

no había más dinero? Tamborileó con los dedos en la superficie del estante, dibujando un tatuaje.

Trató de pensar. ¿Habría salido y se lo habría gastado en una de sus farras? Pero su cerebro solo componía imágenes inútiles: una hoja colgando de una telaraña; la cara de pudín de la mujer de la oficina del paro; un patuco de bebé estampado en el barro.

El ansia de tabaco ya estaba provocándole las náuseas, los temblores. Si no se daba prisa, tendría que empezar a registrar la basura de la cocina en busca de colillas. Salió apresuradamente al recibidor, se calzó las zapatillas y se puso el anorak. La bufanda estaba colgada en la barandilla al pie de la escalera ciega que llevaba al techo construido cuando dividieron la casa en apartamentos. Se lo pensó un instante, dudosa. Hacía siglos que no se dejaba ver. Con las mejillas y la boca cada vez más hundidas, ahora tan oscurecidas, lo cierto es que apenas quedaba ya ninguna similitud entre ellas. Ya no hacían falta la cicatriz ni el tatuaje para distinguirlas. Últimamente, cuando veía su reflejo en el escaparate de alguna tienda, apenas si se reconocía. Aun así, la bufanda le hacía sentirse segura. Además, la ayudaría a protegerse de aquel frío cabrón de febrero que esos días le helaba hasta los huesos, más que nunca. Se envolvió la pieza de lana negra alrededor de la cabeza, dejando visible únicamente la parte superior de la cara.

(«Edificante», anunció una voz más bien afectada con aprobación. «À la mode.»)

El viento soplaba con fuerza, trayendo consigo el rugido del tráfico de Old Kent Road, y Smudge rodeó la casa, dejó atrás las escaleras que llevaban al piso de arriba y bajó los escalones hasta la acera. Hacía un frío de cojones y todo estaba tan gris como su mente. La entrada de la calle se erguía imponente ante ella, abriendo sus fauces y dejando al descubierto los bloques grises de distintas alturas como dientes picados y rotos. Echó a andar deprisa, inclinando la cabeza para protegerse de las ráfagas de viento, con la mirada baja. Una panda de quinceañeras salió de un callejón y pasó sigilosamente por su lado. Una de ellas escupió y el esputo

atterizó junto a su zapatilla, pero no se volvió, sino que las dejó con sus graznidos y sus risas, que le llegaban en oleadas con el viento.

La tienda estaba incrustada en un muro de cemento bajo el pasadizo que conducía al bloque más alto de edificios. Era la única que seguía abierta, con las ventanas resquebrajadas de telarañas que proyectaban esquirlas de luz sobre las latas y los paquetes crujientes que rodaban por la entrada.

Abrió la puerta y entró, pasando junto a un cubo de brillantes paraguas infantiles de plástico. El dependiente levantó la vista y se le ensombreció el rostro al verla y fijarse en las manchas de la chaqueta, en el tatuaje que le asomaba por la bufanda, por encima de la ceja izquierda. Volvió a dirigir la atención al pequeño televisor donde se veía Al Jazeera en la esquina del mostrador, pero ella sabía que su cerebro seguía concentrado en su presencia, atento al primer paso en falso. Smudge se desplazó por los pasillos y escogió un paquete de pan de molde y un bote de mantequilla de cacahuete. Luego se dirigió al mostrador y los dejó en la pila de periódicos junto a la caja registradora.

–Y una botella de vodka, un paquete pequeño de tabaco de liar y otro de papel de fumar, por favor –dijo.

El dependiente frunció los labios y abrió la vitrina que tenía detrás para coger el tabaco y el alcohol. Tecleó las cifras en la caja registradora.

–Doce libras con cincuenta y seis –dijo.

Ella se sacó el dinero del bolsillo, lo miró y luego miró al hombre.

–Supongo que no... –empezó a decir.

–No –dijo él con firmeza levantando la mano–. No soy una ONG.

Ella se encogió de hombros. En su cerebro, una voz estaba recitando un intenso monólogo sobre las áreas peatonales.

–Bueno, entonces supongo que tendré que volver a dejar la mantequilla de cacahuete en su sitio –dijo apresuradamente.

Él la observó mientras llevaba el bote de nuevo al estante.

–Diez libras con nueve peniques –dijo cuando ella regresó al mostrador.

Le dio el dinero y aguardó mientras él metía los artículos en una bolsa de plástico azul. Cuando el dependiente apartó el pan, Smudge se sobresaltó al ver su propio rostro –el rostro correcto, la versión completa, como el de antes, solo que más lustroso– mirándola desde la portada del periódico: «Sallis, estrella de la televisión matinal, en coma tras un accidente de tráfico», rezaba el titular.

La golpeó como una bocanada del calefactor de encima de la puerta de la tienda: la llamada telefónica, la voz de su madre. Dio un respingo. Su cuerpo se estremeció como si la hubiese arrollado un coche. La voz de su cabeza enmudeció.

–¿Me da esto también? –preguntó señalando el periódico.

El dependiente la miró con el ceño fruncido y dirigió la mirada a la puerta, por si se trataba de una triquiñuela.

–Está bien –dijo, como si le hiciera un favor.

Ella le dio la moneda, cogió la bolsa y el periódico y se fue, saliendo a toda prisa de la tienda, con el corazón acelerado, estrujando con la mano la cara de suficiencia de Hellie. Fuera, desde algún lugar invisible, el eco de unas risas adolescentes siguió sus pasos al cruzar de nuevo la entrada.